

permitiendo que adivinase mis secretos, mi vida, la de mis hijos, mi vergüenza, mi honra! ¡Bah! ¡no eres nadie, te odio, te haré todo el daño posible, te...!

La cólera le cortó la palabra y su garganta se secó.

—Pero ¡si es mi hijo, nuestro hijo, tu hermano, tu salvador!—gritaba el padre Goriot.—¡Abrazale, Nasia! Mira como le abrazo yo—repuso estrechando á Eugenio con una especie de furor.—¡Oh! hijo mío, seré para ti más que un padre y quisiera ser Dios para poner el universo á tus pies. Pero bésale, Nasia, porque no es un hombre, es un ángel, un verdadero ángel.

—Padre mío, déjela usted, porque en este momento está loca—dijo Delfina.

—¡Loca, loca! Y tú ¿qué estás?—preguntó la condesa.

—Hijas mías, si continuáis de ese modo me muerdo—gritó el anciano cayendo sobre su cama como herido por un rayo.—¡Me matáis!

La condesa miró á Eugenio que permanecía inmóvil asombrado ante aquella violenta escena.

—Caballero—le dijo Anastasia interrogándole con el gesto, con la voz y con la mirada sin hacer caso de su padre, cuyo chaleco acababa de desabrochar Delfina.

—Señora, pagaré y guardaré silencio—respondió Rastignac sin esperar la pregunta.

—¡Nasia, has matado á nuestro padre!—dijo Delfina señalándole el cuerpo de su padre á su hermana, la cual desapareció precipitadamente.

—Se lo perdono, porque su situación es espantosa y volvería loco á cualquiera—dijo el anciano abriendo los ojos.—Consuela á Nasia, sé cariñosa para ella, prométe-

selo á tu pobre padre, que se muere—dijo Goriot á su hija estrechándole las manos.

—Pero ¿qué tiene usted?—le dijo Delfina asustada.

—Nada, nada respondió el padre,—esto se me pasará. Tengo algo que me oprime la frente, jaqueca. ¡Pobre Nasia! ¡qué porvenir!

En este momento entró la condesa y se arrojó á los pies de su padre, gritando:

—¡Perdón!

—Vamos, aun me haces más daño con esto—dijo su padre.

—Caballero—dijo la condesa á Rastignac con los ojos arrasados en lágrimas,—el dolor me ha hecho ser injusta; ¿será un hermano para mí?—repuso tendiéndole la mano.

—Nasia, mi querida Nasia—le dijo Delfina abrazándola.—Mi querida Nasia, olvidémoslo todo.

—No, yo me acordaré siempre—contestó Anastasia.

—Ángeles míos—exclamó el padre Goriot,—me quitáis el velo que cubría mis ojos, vuestra voz me reanima, daos un abrazo, ¿te salvará esa letra de cambio, Nasia?

—Así lo espero. ¿Quiere usted poner su firma, papá?

—¡Toma! ¡es verdad! qué tonto soy en olvidar eso; pero no te enojés por ello, porque ¡me encontraba tan mal! Mándame á decir que has salido del apuro. Pero, no, ya iré yo. Pero, no, no, no iré, porque si viese á tu marido lo mataría. Respecto á apoderarse de tus bienes, yo estaré aquí. Anda, hija mía, corre y procura que Máximo sea juicioso.

—Esa pobre Anastasia siempre ha sido de carácter violento, pero tiene buen corazón.

—Ha vuelto por el endose—dijo Eugenio á Delfina al oído.

—¿Cree usted?

—No quisiera creerlo. Sin embargo, le aconsejo que desconfíe de ella—respondió Eugenio levantando los ojos como para decir al cielo pensamientos que no se atrevía á expresar.

—Sí, siempre ha sido un poco comedianta, y mi pobre padre se ha dejado engañar.

—¿Cómo sigue usted, mi buen padre Goriot?—preguntó Rastignac al anciano.

—Tengo sueño—respondió éste.

Eugenio ayudó al padre Goriot á acostarse, y cuando el buen hombre se durmió teniendo entre sus manos la mano de Delfina, ésta se retiró diciéndole al estudiante:

—Esta noche, en los Italianos, ya me dirás cómo está. Mañana espero que te mudarás de casa. Vamos á ver tu cuarto. ¡Oh! ¡qué horror!—dijo entrando.—Pero ¡si estabas peor que mi padre! Eugenio, te has portado bien y ahora te querría más si fuese posible. Pero, hijo mío, si quieres hacer fortuna, has de mirar más por el dinero y no entregar así, sin más ni más, doce mil francos. El conde de Trailles es jugador, mi hermana no quiere comprenderlo, y él habría ido á buscar los doce mil francos al mismo sitio donde sabe ganar ó perder montones de oro.

Un gemido les hizo volver á la habitación de Goriot, que estaba aparentemente dormido; pero cuando los dos amantes se aproximaron á él oyeron estas dos palabras:

—Mis hijas no son felices.

Que durmiese ó que estuviese despierto, el acento de

esta frase conmovió de tal modo á Delfina, que ésta se aproximó á la cama en que yacía su padre y le besó en la frente. Al sentir la impresión de sus labios, Goriot abrió los ojos diciendo:

—Es Delfina.

—Sí ¿cómo se encuentra?—le preguntó la joven.

—Bien, no te inquietes por mí, que luego saldré. Andad, andad, hijos míos, sed felices.

Eugenio acompañó á Delfina hasta su casa; pero inquieto por el estado en que había dejado á Goriot, se negó á comer con ella y volvió á la casa Vauquer, encontrando al padre Goriot de pie y dispuesto á sentarse á la mesa. Bianchón se había colocado de manera que podía examinar bien la cara del antiguo fabricante de pastas, y cuando vió que éste tomaba el pan y lo olía para saber con qué harina estaba hecho, hizo un gesto siniestro, porque observó en aquel movimiento una ausencia total de lo que podría llamarse conciencia del acto.

—Venga usted á mi lado, señor interno—dijo Eugenio á Bianchón.

Éste acudió á su lado con tanto más gusto, cuanto vió que iba á estar cerca del anciano Goriot.

—¿Qué tiene?—le preguntó Rastignac.

—Si no me engaño, está muerto. Ha debido pasarle algo extraordinario, y me parece que está bajo el peso de una apoplejía serosa inminente. Aunque la parte baja de la cara tiene buen aspecto, las facciones superiores del rostro se inclinan hacia la frente, á pesar suyo, mira. Los ojos están en ese estado que denota que el suero ha invadido el cerebro. ¿No parece que están llenos

de un polvo fino? Mañana por la mañana sabremos algo más.

—¿No hay algún remedio?

—Ninguno. Tal vez se podrá retardar la muerte si se encuentran los medios de determinar una reacción hacia las extremidades, hacia las piernas. Pero si mañana por la noche no cesan los síntomas, el pobre hombre está perdido. ¿Sabes tú cuál es la causa de la enfermedad? Ha debido tener algún gran disgusto que le ha anonadado.

—Sí—dijo Rastignac recordando la disputa de las dos hijas.—Pero al menos Delfina ama á su padre—se decía Eugenio.

Por la noche, en los Italianos, Rastignac tomó algunas precauciones para no alarmar á la señora de Nucingen; pero, á las primeras palabras de Eugenio, aquélla le respondió:

—No se apure usted, mi padre es fuerte; únicamente que esta mañana lo hemos disgustado un poco. Nuestras fortunas corren peligro. ¿Ha pensado usted en la extensión de esta desgracia? Si el cariño de usted no me hiciese insensible á lo que habría considerado poco ha como una angustia mortal, ya no viviría. Hoy ya no temo otra desgracia que la de perder el amor que me ha hecho sentir el placer de vivir. Aparte de este sentimiento, todo me es indiferente; nada me interesa en el mundo. Usted es todo para mí. Si me halaga la idea de ser rica, es para agradarle más. Para vergüenza mía, en estos instantes me siento más amante que hija. ¿Por qué? No lo sé. Toda mi vida está concentrada en su amor. Mi padre me dió su corazón; pero usted lo hizo

latir. Podrá vituperarme el mundo entero, pero no me importa con tal que usted, que no tiene derecho á quererme mal, me absuelva de los crímenes á que me condena un sentimiento irresistible. ¿Me cree usted una mujer desnaturalizada? ¡Oh! no, es imposible dejar de amar á un padre tan bueno como el nuestro. ¿Podía yo impedir que él viese al fin las consecuencias naturales de nuestros deplorables matrimonios? ¿Por qué los ha permitido? ¿No le tocaba á él reflexionar por nosotras? Hoy ya sé que sufre tanto como nosotras mismas; pero ¿qué podemos hacer para evitarlo? ¿Consolarle? no lo lograríamos. El dolor que le causa nuestra resignación es mayor que el daño que le harían nuestros reproches y nuestras quejas. Hay situaciones en la vida en que todo es amargura.

Eugenio permaneció mudo, embargado por la ternura que le inspiraba la sencilla expresión de un sentimiento verdadero. Si las parisienses son, por lo general, falsas, vanidosas, personales, coquetas y frías, en cambio, cuando hablan de veras, sacrifican en sus pasiones más cantidad de sentimiento que las demás mujeres, se agrandan con sus pequeñeces y se hacen sublimes. Por otra parte, Eugenio estaba admirado del espíritu profundo y juicioso que despliega la mujer para juzgar los sentimientos más naturales cuando un cariño privilegiado las separa de éstos. A la señora de Nucingen le llamó la atención el silencio que guardaba Eugenio y le preguntó:

—¿En qué piensa usted?

—Escucho aún las palabras que acaba usted de decir. Hasta ahora creía amarle más de lo que usted me ama. Delfina se sonrió y procuró hacerse fuerte contra el

placer que sintió, para dejar la conversación en los límites impuestos por las conveniencias. Aquella mujer no había oído nunca expresiones tan vivas de un amor joven y sincero, y con algunas palabras más no hubiera podido contenerse.

—Eugenio—dijo la baronesa cambiando de conversación—¿no sabe usted lo que pasa? Mañana todo París estará en casa de la señora de Beauseant. Los Rochefide y el marqués de Adjuda se han entendido para que no se sepa nada; pero el rey firma mañana el contrato de matrimonio, y su prima está ignorante de lo que ocurre. No podrá menos que recibir, y el marqués no estará en el baile. Esta aventura es hoy objeto de todas las conversaciones.

—Y el mundo se ríe de una infamia y toma parte en ella. ¿Ignora usted que esto causará tal vez la muerte á la senora de Beauseant?

—¡Cal!—dijo Delfina sonriéndose.—Usted no conoce á esa clase de mujeres. Mañana todo París estará en su casa, y yo no faltaré. Á usted le debo esta dicha.

—¿No será esto alguno de esos falsos rumores que con tanta frecuencia corren en París?—dijo Rastignac.

—Mañana sabremos la verdad.

Eugenio no fué á dormir á la casa Vauquer por encontrarse sin valor para dejar de gozar de su nueva habitación. Si la víspera se había visto obligado á abandonar á Delfina á la una de la madrugada, aquel día fué Delfina la que le dejó á eso de las dos para volver á su casa. Al día siguiente el estudiante durmió hasta bastante tarde, y esperó hasta la una á la señora de Nucingen que fué á almorzar con él. Los jóvenes sienten

tal avidez por gozar de estas pequeñas dichas, que Eugenio casi había olvidado al padre Goriot. Acostumbrarse á cada una de aquellas elegantes cosas que le pertenecían fué para él gran placer, sin contar con que la señora de Nucingen estaba allí realizando el valor de aquel lujo. Sin embargo, á eso de las cuatro los dos amantes se acordaron del padre Goriot, al pensar en la dicha que éste se prometía yendo á vivir á aquella casa. Eugenio advirtió que era necesario transportarle inmediatamente á ella y dejó á Delfina para correr á la casa Vauquer.

Ni el padre Goriot ni Bianchón estaban sentados á la mesa.

—El padre Goriot está derrengado—le dijo el pintor—y Bianchón está á su lado. El buen hombre ha visto á una de sus hijas, á la condesa de Restaurama, quiso salir y su enfermedad empeoró. La sociedad va á verse privada de uno de sus más hermosos adornos.

Rastignac corrió precipitadamente hacia la escalera.

—¡Eh! ¡señorito Eugenio!

—¡Señorito Eugenio! la señora le llama—gritó Silvia.

—Señorito Eugenio—le dijo la viuda—el señor Goriot y usted debían marcharse el 15 de febrero, y hace ya tres días que ha pasado el 15, estamos á 18. Tendrá, pues, que pagarme un mes por usted y por él, pero si usted me responde del padre Goriot, me bastará con su palabra.

—¿Por qué? ¿no tiene usted confianza?

—¿Confianza? Si el buen hombre llegase á morir, sus hijas no me darían un céntimo, y todas sus ropas no valen diez francos. Sin saber por qué, esta mañana se ha llevado sus últimos cubiertos. Se había vestido como un

pollo, y estaba tan rejuvenecido, que ¡Dios me lo perdone! yo he creído que se había puesto colorete.

—Yo respondo de todo—dijo Eugenio temblando de horror y presintiendo una catástrofe.

Subió á la habitación del padre Goriot. El anciano yacía en su cama y Bianchón estaba á su lado.

—¡Buenos días, padre!—le dijo Eugenio.

El buen hombre le sonrió cariñosamente y le respondió fijando en él sus vidriosos ojos.

—¿Cómo está usted?

—Bien, y usted?

—Bien.

—No lo fatigues—dijo Bianchón llevando á Eugenio á un rincón del cuarto.

—¿Qué hay?—le preguntó Rastignac.

—Sólo un milagro puede salvarle. La congestión serosa ha tenido lugar, le he puesto sinapismos, y, afortunadamente, los siente.

—¿Puede transportársele?

—Imposible; hay que dejarle aquí, ahorrándole todo movimiento físico y toda emoción.

—Amigo Bianchón, le cuidaremos entre los dos—dijo Eugenio.

—Ya mandé á llamar al médico jefe de mi hospital.

—¿Y qué?

—Mañana por la noche nos dirá si hay esperanza. Me ha prometido volver después de hacer sus visitas. Desgraciadamente, este maldito hombre ha cometido esta mañana una imprudencia acerca de la cual no quiere explicarse. Es testarudo como un mulo. Cuando le hablo, finge no oír y duerme para no responder, y si tiene los

ojos abiertos, empieza á quejarse. Ha salido por la mañana, y ha ido á pie á no sé qué sitio de París, llevándose todas las cosas que tenía de algún valor. Sin duda ha debido hacer algún maldito tráfico. Vino una de sus hijas.

—¿La condesa?—dijo Eugenio.—¿Una alta, morena, de ojos grandes y vivos, pie bonito y flexible talle?

—Sí.

—Déjame un momento á solas con él—dijo Rastignac.—Voy á confesarle; á mí me lo dirá todo.

—Entre tanto, yo voy á comer; pero procura no agitarle demasiado, porque aun hay alguna esperanza.

—No tengas cuidado.

—Mañana si que van á divertirse, porque van á un gran baile—dijo el padre Goriot á Eugenio cuando estuvieron solos.

—Pero, papá ¿qué ha hecho usted esta mañana para estar tan agobiado y verse obligado á guardar cama?

—Nada.

—¿Ha venido Anastasia?—le preguntó Rastignac.

—Sí—respondió el padre Goriot.

—Pues bien, no me ocultes nada; ¿qué es lo que ha venido á pedirle?

—¡Ah!—repuso el anciano haciendo un esfuerzo para hablar—era muy desgraciada, hijo mío. Nasia no tiene un céntimo desde la cuestión de los diamantes, y para este baile había encargado un traje que debía sentarle á las mil maravillas. Su costurera, una infame, no quiso concederle crédito, y su camarera había pagado mil francos á cuenta por el traje. ¡Pobre Nasia! ¡haber llegado á ese extremo! Esto me desgarró el corazón. Pero

la camarera, al ver que ese Restaud retiraba su confianza á Nasia, temió perder su dinero y se entendió con la costurera para que no le entregase el traje hasta que no le devolviese los mil francos. El baile es mañana, el traje está listo y Anastasia, que está desesperada, vino á pedirme los cubiertos para empeñarlos. Su marido quiere que vaya á ese baile para enseñar á todo París los diamantes que aseguran que ella vendió. Ahora bien, ¿puede acaso decirle ella á ese monstruo: «Debo mil francos, páguelos usted»? No, yo lo he comprendido así. Su hermana Delfina irá mañana á ese baile soberbiamente vestida, y Anastasia no debe ser menos que su hermana menor. ¡Qué triste estaba mi pobre hija! Me sentí ayer tan humillado al ver que no tenía los doce mil francos para sacarla de su apuro, que habría dado el resto de mi miserable vida por rescatar esa culpa. Mire usted, he tenido valor para soportarlo todo; pero esa falta de dinero me ha lacerado el corazón. ¡Oh! ¡oh! me vestí inmediatamente, vendí cubiertos y pendientes por seiscientos francos y empeñé por cuatrocientos, en casa de papá Gobseck, mis títulos de renta vitalicia. ¡Bah! comeré pan. Esto me bastaba cuando era joven, y lo mismo me ocurrirá ahora. Así, al menos, mi pobre Nasia pasará una noche feliz. Tengo un billete de mil francos aquí, debajo de mi almohada, y considerando únicamente que tengo aquí, debajo de mi cabeza, lo que ha de causar un placer á mi pobre Nasia, me siento revivir. Ahora podrá poner á la puerta á su camarera Victoria. ¡Habrás visto criados que no tienen confianza en sus amos! Mañana ya estaré bien. Nasia vendrá á las diez, y no quiero que me crean enfermo, porque no irían

al baile y se quedarían á cuidarme. Nasia me abrazará mañana como á su hijo y sus caricias me harán revivir. ¡Qué! ¿no habría gastado mil francos en botica? pues prefiero dárselos á mi *cúralo todo*, á mi Nasia. Al menos yo podré consolarla en su miseria, y esto me absolverá de la culpa de haberme quedado sin dinero. Está en el fondo del abismo, y yo no tengo ya fuerzas para sacarla. ¡Oh! volveré á dedicarme al comercio, é iré á Odessa á comprar granos. Los trigos de allí valen tres veces menos que los nuestros, y si la introducción de cereales en grano está prohibida, los hombres que han hecho las leyes no han pensado en prohibir las fabricaciones en que entra como elemento principal el trigo. ¡Oh! esta mañana se me ha ocurrido esto, y creo que he de hacer un buen negocio con los almidones.

—Está loco—se dijo Eugenio mirando al anciano.—
Vamos, cálmese usted, no hable ya más.

Eugenio bajó á comer cuando Bianchón subió, y luego ambos velaron alternativamente al enfermo, ocupándose el uno en leer sus libros de medicina, y el otro en escribir á su madre y á sus hermanas. Al día siguiente, según Bianchón, los síntomas que se declararon en el enfermo fueron de feliz augurio, pero exigieron cuidados que sólo eran capaces de prodigar los dos estudiantes y cuyo relato creemos ocioso hacer. Las sanguijuelas aplicadas al raquístico cuerpo del anciano fueron acompañadas de cataplasmas, de baños de pies y de maniobras médicas que exigían la fuerza y la abnegación de los dos jóvenes. La señora de Restaud no se presentó, enviando á buscar los mil francos por un reca-
dero.

—Yo creí que vendría ella misma; pero me alegro de que no lo haya hecho, porque así se evita el disgusto de verme enfermo—dijo el pobre padre celebrando esta circunstancia.

Á las siete de la noche, Teresa se presentó para entregar á Eugenio una carta de Delfina, la cual decía:

«¿Qué hace usted, amigo mío? ¿Me verá olvidada ya al empezar á amar? En nuestras íntimas confidencias me ha demostrado usted tener un alma demasiado hermosa para no ser de aquellos que permanecen siempre fieles al ver los muchos matices que tienen los sentimientos. Como ha dicho usted al escuchar la plegaria de Moisés: «Para unos, es una misma nota; para otros, es el infinito de la música», no olvide que le espero esta noche para ir al baile de la señora de Beauseant. El contrato del señor de Adjuda se ha firmado esta mañana en la corte y la pobre vizcondesa no lo ha sabido hasta las dos. Todo París irá á su casa, como acude el pueblo á la plaza de Greve el día de una ejecución. ¿No es horrible ir á ver si esta mujer ocultará su dolor y sabrá morir bien? Amigo mío, yo no iría si hubiese estado alguna vez en su casa; pero es seguro que no volverá á recibir nunca más, y si no aprovecho esta ocasión, todos mis esfuerzos habrán sido inútiles. Mi situación es muy diferente de la de los demás. Por otra parte, yo voy allí por usted. Le espero. Si no está usted á mi lado dentro de dos horas, no sé si le perdonaré esta felonía.»

Rastignac tomó una pluma y respondió de este modo:

«Estoy esperando al médico para saber si su padre tiene esperanzas de vida. Está moribundo. Iré á comunicarle á usted la sentencia, y mucho me temo que sea una sentencia de muerte. Usted verá si, después de esto, puede ir al baile. Mil afectos.»

El médico se presentó á las ocho y media y, sin que su opinión fuese favorable, dijo creer que la muerte no era inminente, anunciando mejorías y recaídas de las cuales dependería la vida y la razón del enfermo.

—Sería preferible que muriese en seguida—acabó por decir el doctor.

Eugenio confió el padre Goriot á los cuidados de su amigo y fué á comunicar á la señora de Nucingen las tristes nuevas que debían suspender toda alegría.

—Dígale usted que no deje de divertirse—le gritó el padre Goriot, que parecía amodorrado, pero que se irguió en la cama en el momento en que Rastignac salió.

El joven se presentó lleno de dolor en casa de Delfina, encontrándola peinada, calzada y dispuesta á ponerse su traje de baile.

—¡Cómo! ¿aun no está usted vestido?

—Pero, señora, su padre...

—¿Otra vez mi padre?—exclamó interrumpiéndole.—Supongo que no querrá usted enseñarme lo que yo debo á mi padre, al cual conozco de sobra. Ni una palabra, Eugenio. No le escucharé á usted hasta que no esté vestido. Teresa lo ha preparado todo, mi coche está dispuesto, tómelo y venga en seguida. Hablaremos de mi padre por el camino. Hay que marchar temprano, por-

que si nos coge la fila de coches, gracias si podemos entrar á las once.

—Señora...

—Ande, no diga usted nada—dijo Delfina entrando en su gabinete para ponerse un collar.

—Pero ande usted, señorito Eugenio, mire que se enfadará la señora—dijo Teresa empujando al joven, que estaba asombrado ante aquel elegante parricidio.

Fué á vestirse haciéndose las más tristes reflexiones. Eugenio veía el mundo como un océano de lodo, en el cual se hundía un hombre hasta el cuello si osaba poner sobre él su planta.

—No se cometen más que crímenes mezquinos. Vautrín es más grande—se dijo el estudiante.

Había visto las tres grandes expresiones de la sociedad: la obediencia, la lucha y la revolución; la familia, el mundo y Vautrín, y no se atrevía á decidirse. La obediencia era enojosa, la revolución imposible y la lucha incierta. Su pensamiento le llevó al seno de su familia, recordando las puras emociones de aquella vida tranquila y los días pasados en medio de los seres que le eran queridos. Al conformarse con las leyes naturales del hogar doméstico, aquellos seres queridos encontraban en éste una dicha continua y sin angustias. No obstante sus buenos pensamientos, Eugenio no se sintió con valor para ir á confesar á Delfina la fe de las almas puras, ordenándole la virtud en nombre del amor. Su educación, comenzada ya, había dado sus frutos. Amaba egoístamente, su tacto le había permitido reconocer la naturaleza del corazón de Delfina, presentía que ésta era capaz de pasar sobre el cuerpo de su padre para ir al

baile, y él no se sentía con fuerzas para desempeñar el papel de moralista, no tenía valor para desagradarla ni poseía la virtud de abandonarla.

—Nunca me perdonaría el haber tenido razón en contra de ella en esta circunstancia.

Después comentó las palabras de los médicos, se complació en pensar que el padre Goriot no estaría tan peligrosamente enfermo como se creía y, por fin, buscó razonamientos asesinos para justificar á Delfina. Ésta no conocía el estado en que se encontraba su padre, y el mismo enfermo la enviaría al baile si ella fuese á verle. Muchas veces la ley social, implacable en sus fórmulas, condena en circunstancias en que el crimen aparente es excusado por las innumerables modificaciones que introducen en el seno de las familias la diferencia de caracteres y la diversidad de intereses y de situaciones. Eugenio quería engañarse á sí mismo, y estaba dispuesto á sacrificar su conciencia por su querida. Hacía dos días que había cambiado por completo. La mujer le había comunicado sus desórdenes, había eclipsado á la familia y lo había confiscado todo en provecho propio. Rastignac y Delfina se habían encontrado en las condiciones exigidas para sentir una por otro los más vivos goces. Su bien preparada pasión había crecido con lo que mata á las demás pasiones, con el goce. Al poseer á aquella mujer, Eugenio notó que hasta entonces no había hecho más que desearla y que no la había amado hasta el día siguiente: el amor tal vez no es más que el agradecimiento del placer. Infame ó sublime, adoraba á aquella mujer por las voluptuosidades con que la había dotado, del mismo modo que Delfina amaba á Rastignac tanto

como Tántalo hubiera amado al ángel que hubiese ido á satisfacer su hambre ó á extinguir su sed.

—Bueno ¿cómo está mi padre?—dijo la señora de Nucingen á Eugenio tan pronto como estuvo de vuelta vestido en traje de baile.

—Muy mal—respondió el estudiante,—y si quiere usted darme una prueba de cariño, corramos á verle.

—Bueno, sí, pero después del baile. Mi buen Eugenio, sé juicioso, no me prediques moral y vamos.

Los dos amantes partieron, y Eugenio permaneció silencioso durante una gran parte del camino.

—Pero ¿qué tiene usted?—le preguntó Delfina.

—Oigo el estertor de su padre—le respondió el estudiante con seriedad.

Y dicho esto, se puso á contar con la calurosa elocuencia de un joven la feroz acción que había cometido la señora de Restaud por vanidad, la crisis mortal que había acarreado á su padre el último esfuerzo, y lo que costaría el traje de baile de Anastasia. Delfina lloraba; pero de pronto pensó: «voy á estar fea», y sus lágrimas se secaron.

—Iré á velar á mi padre y no me separaré de la cabecera de su cama—repuso al poco rato.

—¡Ah! así era como quería verte—exclamó Rastignac.

Los faroles de quinientos coches iluminaban los alrededores del palacio de Beauseant. Á ambos lados de la puerta, soberbiamente alumbrada, se veía un gendarme á caballo, y el gran mundo aflucía en tan gran tropel, deseoso de ver á aquella gran mujer en el momento de su caída, que las habitaciones del piso bajo del palacio

estaban ya llenas cuando la señora de Nucingen y Rastignac se presentaron. Desde el día en que toda la corte llenó la casa de aquella gran señorita á quien Luis XIV arrancaba á su amante, ningún desastre del corazón fué más célebre que lo era el de la señora de Beauseant. En esta circunstancia, la última hija de la casa casi real de Borgoña se mostró superior á su mal y dominó hasta el último momento al mundo, cuyas vanidades había aceptado únicamente para que sirviesen al triunfo de su pasión. Las mujeres más hermosas de París animaban los salones con sus prendidos y sus sonrisas. Los hombres más distinguidos de la corte, los embajadores, los ministros, emperifollados con cruces, placas y cordones multicolores, rodeaban á la condesa. La orquesta hacía resonar los motivos de su música bajo las doradas bóvedas de aquel palacio desierto para su reina. La señora de Beauseant se mantenía de pie en su salón para recibir á sus pretendidos amigos. Vestida de blanco y sin ningún adorno en sus cabellos, sencillamente peinados, parecía tranquila y no denotaba dolor, orgullo ni falsa alegría. Nadie podía leer en su alma. La hubieseis creído una Níobe de mármol. Su manera de sonreír á sus amigos íntimos fué á veces burlona; pero, de todos modos, supo mostrarse tan impávida, que los más insensibles la admiraron, imitando en esto á las jóvenes romanas que aplaudían al gladiador que sabía sonreír al expirar. El mundo parecía haberse vestido de gala para despedir á una de sus soberanas.

—Temía que no viniese usted—le dijo á Rastignac al entrar.

—Señora—le respondió Eugenio conmovido creyendo

que estas palabras encerraban un reproche,—he venido para ser el último en marchar.

—Bien—le dijo su prima estrechándole la mano,—tal vez es usted aquí el único de quien yo pueda fiarme. Amigo mío, ame usted á una mujer á quien pueda amar siempre y no abandone nunca á ninguna—añadió tomando el brazo de Rastignac y yendo con él á sentarse en un canapé situado en el salón de juego.—Vaya usted á casa del marqués. Jacobo mi ayuda de cámara le llevará á usted allí y le entregará una carta para él. Le pido mi correspondencia, y espero que me la devolverá toda. Una vez que tenga usted mis cartas, suba á mi habitación y espéreme allí.

Dicho esto, la señora de Beauseant fué al encuentro de la duquesa de Langeais, su mejor amiga. Rastignac partió al palacio de Rochefide, preguntó por el marqués de Adjuda, le entregó la consabida carta, y éste, después de leerla, subió á su habitación y entregó una caja al estudiante diciéndole:

—Ahí están todas.

El marqués de Adjuda sintió deseos de hablar á Eugenio, ya para interrogarle acerca de los acontecimientos del baile ó bien para confesarle que estaba ya arrepentido de su matrimonio, como hizo más tarde; pero un rasgo de orgullo brilló en sus ojos y tuvo el deplorable valor de guardar secreto acerca de sus más nobles sentimientos.

—No le diga usted nada de mí, mi querido Eugenio—dijo estrechándole cariñosamente la mano á Rastignac y haciéndole seña de que se fuese.

Eugenio volvió al palacio de Beauseant y fué intro-

ducido en el cuarto de la vizcondesa, donde vió los preparativos de marcha. El estudiante se sentó al lado del fuego, contempló la cajita de cedro y cayó en profunda melancolía. Para él, la señora de Beauseant tenía las proporciones de las diosas de la *Iliada*.

—¡Ah! amigo mío—dijo la vizcondesa entrando y apoyando su mano en el hombro de Rastignac.

Después, Eugenio vió que su prima, anegada en llanto, tomaba de pronto la cajita y la arrojaba al fuego.

—¡Están bailando! Todos han sido puntuales, y sólo la muerte llegará tarde. Silencio, amigo mío—dijo la vizcondesa colocando una mano sobre la boca de Rastignac cuando éste se disponía á hablar.—Nunca más volveré á ver París y el mundo. Á las cinco de la mañana me voy á sepultar en el interior de Normandía. Desde las tres de la tarde me he visto obligada á hacer los preparativos, firmar actas, arreglar asuntos, y no podía enviar á nadie á casa de...

Se detuvo.

—Era seguro que le encontrarían en casa de...

Y volvió á detenerse anonadada por el dolor. En momentos de esta índole, todo es sufrimiento y hay palabras cuya pronunciación es imposible.

—En fin, esta noche contaba con usted para que me hiciese este último favor. Quisiera darle una prueba de mi amistad. Pensaré muy á menudo en usted, que me pareció noble y bueno, joven y cándido, en medio de este mundo donde tan raras son estas cualidades. Yo deseo que piense usted alguna vez en mí. Mire—dijo fijando una mirada en torno suyo,—he aquí el cofre donde guardaba mis guantes. Siempre que abría esta caja antes

de ir al baile ó al teatro, me consideraba hermosa porque era feliz, y nunca la cerraba sin dejar en ella algún pensamiento gracioso: hay mucho de mí ahí dentro; ese cofrecito encierra á toda una señora de Beauseant que no existe ya. Acéptelo; yo daré orden de que lo lleven á su casa de la calle de Artois. La señora de Nucingen está muy hermosa esta noche; quíerala bien. Amigo mío, si no nos vemos más, esté seguro de que haré fervientes votos por usted, que tan bueno ha sido para mí. Bajemos; no quiero que crean que lloro; me queda una eternidad por delante, donde estaré sola y donde nadie me pedirá cuenta de mis lágrimas. Una última mirada á este cuarto.

Esto diciendo, la señora de Beauseant se detuvo, y después de ocultar un momento la cara con las manos, se enjugó los ojos, se los lavó con agua fresca y tomó al estudiante del brazo, diciéndole:

—Vamos.

Rastignac no había sentido nunca una emoción tan violenta como la que le causó la vista de aquel dolor tan noblemente contenido. Al entrar en el baile, Eugenio dió una vuelta con la señora de Beauseant, última y delicada atención de esta graciosa mujer, y al poco rato vió á las dos hermanas, á la señora de Restaud y á la de Nucingen. La condesa estaba hermosísima, ostentando por última vez todos sus diamantes, que para ella debían ser de fuego. Por grande que fuese su orgullo y su amor, no podía sostener la mirada de su marido. Este espectáculo, que no tenía nada de grato, contribuyó á entristecer más á Rastignac, el cual vió, bajo los diamantes de las dos hermanas, el inmundo

catre en que yacía el padre Goriot. La vizcondesa, engañada por su actitud melancólica, no tardó en abandonar su brazo diciéndole:

—Vaya usted, no quiero quitarle un placer.

Eugenio fué reclamado por Delfina, la cual estaba satisfecha del efecto que producía, y ansiaba poner á los pies del estudiante los homenajes que recogía en aquel mundo donde esperaba ser adoptada.

—¿Cómo encuentra usted á Nasia?—le preguntó Delfina.

—Bien, ha disipado hasta el producto de la muerte de su padre—dijo Rastignac.

Á eso de las cuatro de la mañana la multitud comenzó á desfilarse y la música dejó de oírse. La duquesa de Langeais y Rastignac se encontraron solos en el salón. La vizcondesa, creyendo encontrar solo al estudiante, acudió allí, después de haber dicho adiós al señor de Beauseant, el cual fué á acostarse repitiéndole:

—Querida mía, hace usted mal en retirarse del mundo á su edad. Quédese con nosotros.

Al ver á la duquesa, la señora de Beauseant no pudo contener una exclamación.

—Clara, he adivinado lo que intenta—dijo la señora de Langeais.—Quiere usted marcharse para no volver nunca más; pero no lo hará sin haberme oído y sin que nos hayamos comprendido.

Y esto diciendo, tomó á su amiga por el brazo, la llevó al salón vecino, y allí, contemplándola con ojos velados por las lágrimas, la estrechó entre sus brazos y la besó en las mejillas.

—No quiero separarme de usted friamente, querida

mía, porque mis remordimientos serían demasiado grandes. Cuente conmigo como con usted misma. Esta noche ha sido usted grande, me he sentido digna de usted y quiero probárselo. Querida mía, perdóneme si no me he portado siempre bien con usted. Lamento haber dicho cosas que hayan podido molestarla, y quisiera poder recoger mis palabras. Un mismo dolor reúne nuestras almas, y no sé cuál de las dos será más desgraciada. El señor de Montriveau no estaba esta noche aquí, ¿comprende usted? Clara, los que la han visto en este baile no la olvidarán nunca. Yo intento un último esfuerzo, y si fracaso, iré á encerrarme en un convento. ¿Adónde se va usted?

—Á Normandia, á Courcelles, á amar y á orar hasta el día en que Dios me saque de este mundo.

—Señor de Rastignac, venga usted—dijo la vizcondesa con voz conmovida creyendo que el joven esperaba.

El estudiante hincó una rodilla en tierra, tomó una mano de su prima y la besó.

—Adiós, Antonieta—repuso la señora de Beauseant,—que sea usted muy feliz. Respecto á usted—dijo el estudiante,—ya sé que lo es, porque es aún joven y puede creer en algo. Al retirarme del mundo me queda el consuelo de haber dejado en torno mío sinceras y religiosas emociones, como algunos moribundos privilegiados.

Rastignac se fué á las cinco de la mañana, después de haber visto á la señora de Beauseant en su berlina de viaje y de haber recibido su último adiós con lágrimas que probaban que las personas más elevadas no pueden eludir las leyes del corazón ni vivir sin penas, como

quieren hacer creer algunos halagadores del pueblo.

Con tiempo húmedo y frío, Eugenio se encaminó á pie á la casa Vauquer. Su educación tocaba á su término.

—Me parece que no podremos salvar al pobre padre Goriot—le dijo Bianchón cuando Rastignac entró en su cuarto.

—Amigo mío—le dijo Eugenio después de haber mirado al anciano dormido,—sigue adelante en el modesto destino á que aspiras. Yo estoy en un infierno y me veo obligado á permanecer en él. Por mucho mal que te digan del mundo, créelo. No hay Juvenal que pueda describir el horror cubierto de oro y de pedrerías.

Al día siguiente, Rastignac fué despertado á las dos de la tarde por Bianchón, el cual, como tuviese que salir, le rogó que cuidase al padre Goriot, cuyo estado había empeorado mucho por la madrugada.

—Al pobre hombre tal vez no le queden ni diez horas de vida—dijo el estudiante de medicina,—y sin embargo no podemos cesar de combatir el mal. Va á ser necesario prodigarle costosos cuidados, y nosotros podremos ser sus enfermeros; pero yo, por mi parte, te confieso que no tengo un céntimo. He registrado los armarios y los bolsillos del enfermo, pero no he encontrado nada. Le he interrogado un momento en que disponía de razón y me ha dicho que carecía en absoluto de recursos. ¿Qué tienes, tú?

—Me quedan veinte francos—respondió Rastignac;—pero iré á jugar y ganaré.

—¿Y si pierdes?

—Les pediré dinero á sus yernos y á sus hijas.

—¿Y si te lo niegan?—repuso Bianchón.—En este momento, lo más urgente es encontrar dinero: es preciso aplicar al enfermo un sinapismo desde los pies hasta la mitad de los muslos. Si grita, aun habrá esperanzas. Ya sabes como se hace. Por otra parte, Cristóbal te ayudará. Voy á pasar por casa del boticario para decirle que respondo de todos los medicamentos que tomemos. Es lástima que el pobre hombre no haya podido ser trasladado á nuestro hospicio, porque allí estaría mejor. Vamos, ven y no te separes de él hasta que yo haya vuelto.

Los dos jóvenes entraron en el cuarto donde yacía el anciano. Eugenio quedó admirado al ver el cambio que se había operado en aquella faz convulsa, lívida y profundamente débil.

—¿Cómo está usted, papá?—le dijo inclinándose hacia la cama.

Goriot fijó en Eugenio sus ojos empañados y le miró atentamente sin reconocerle. El estudiante no pudo sostener aquella mirada, y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Bianchón, ¿no sería conveniente poner cortinas en las ventanas?

—No, las circunstancias atmosféricas no le afectan ya. Sería demasiado feliz si sintiese frío ó calor. Sin embargo, necesitamos fuego para hacerle tisanas y preparar otras cosas. Yo enviaré unos haces de leña. Ayer y esta noche quemé la tuya y toda la turba que tenía el pobre hombre. Este cuarto es húmedo, se veía correr el agua por las paredes y apenas si logré secarlo. Cristóbal lo barrió, porque estaba hecho una verdadera cua-

dra, y yo quemé un poco de enebro porque hedía demasiado.

—¡Dios mío!—dijo Rastignac—¿y sus hijas?

—Mira; si quiere beber, dale de esto—dijo el estudiante á Rastignac enseñándole un gran pote blanco.—Si le oyes quejarse y el vientre está ardiente y duro, dile á Cristóbal que te ayude y adminístrale... Ya sabes. Si por casualidad tuviese una gran exaltación, hablase mucho y diese pruebas de demencia, déjale, que no es mala señal; pero envía á Cristóbal al hospicio Cochín, porque nuestro médico, mi compañero ó yo vendríamos á aplicarle moxas. Esta mañana, mientras tú dormías, hemos tenido una gran consulta con un discípulo del doctor Gall y con el médico jefe del Hospital provincial. Estos señores creyeron reconocer curiosos síntomas y vamos á seguir el curso de la enfermedad á fin de instruirnos en ciertos puntos científicos bastante importantes. Uno de estos señores pretende que si la presión del suero fuese mayor sobre un órgano que sobre otro, podría originar hechos particulares. Escúchale, pues, bien, caso de que hablase, á fin de decirnos á qué género de ideas pertenecen sus palabras: si son efectos de memoria, de penetración, de juicio; si se ocupa de materialidades ó de sentimientos, si calcula, si recuerda el pasado; en fin, no dejes de hacernos un relato exacto de lo que ocurra. Es posible que la invasión tenga lugar de pronto, y entonces morirá imbécil, como lo está en este momento. Todo es raro en esta clase de enfermedades. Si la bomba estallase por aquí—dijo Bianchón señalando el occipucio del enfermo,—hay ejemplos de fenómenos singulares, el cerebro recobra algunas de sus facultades

y la muerte es más lenta. Por otra parte, las serosidades pueden apartarse del cerebro y tomar rutas cuyo curso se conoce únicamente por medio de la autopsia. Hay en los Incurables un anciano lelo en el cual el suero siguió la columna vertebral y sufre horriblemente, pero vive.

—¿Se han divertido mucho?—dijo el padre Goriot reconociendo á Eugenio.

—¡Oh! no piensa más que en sus hijas—dijo Bianchón.—Esta noche me ha dicho más de cien veces: «Están bailando; ella tiene su traje», las llamaba por sus nombres, y lléveme el diablo si no me hacía llorar con sus exclamaciones: «¡Delfina!» «¡Delfinita mía!» «¡Nasia!» Su acento haría conmovér á las piedras.

—¡Delfina!—dijo el anciano—está ahí ¿verdad? ¡Oh! ya lo sabía.

Y sus ojos recobraron una gran actividad para mirar las paredes y la puerta.

—Bajo á decir á Silvia que prepare los sinapismos, el momento es favorable—dijo Bianchón.

Rastignac se quedó solo al lado del anciano, sentado al pie de su cama y con los ojos fijos en aquella cabeza cuya vista causaba espanto y dolor.

—¡La señora de Beauseant huye, éste se muere!—exclamó Eugenio.—Las almas hermosas no pueden permanecer mucho tiempo en este mundo. En efecto ¿cómo han de aliarse los buenos sentimientos con una sociedad mezquina y superficial?

Las imágenes de la fiesta á que había asistido acudieron á su mente y contrastaron con el espectáculo de aquel lecho de muerte. Bianchón se presentó de pronto.

—Mira, Eugenio, acabo de ver á nuestro médico jefe y he vuelto corriendo. Si presenta síntomas de razón, si habla, acuéstale sobre un sinapismo de manera que la mostaza le coja desde la nuca hasta los riñones y mándanos á llamar.

—Querido Bianchón—dijo Eugenio.

—¡Oh! se trata de un hecho científico—repuso el estudiante con todo el ardor de un neófito.

—Vamos—dijo Eugenio—¿seré yo el único que cuida á este pobre anciano por cariño?

—Si me hubieses visto esta mañana, no hablarías así—repuso Bianchón sin ofenderse por el dicho.—Los médicos que han ejercido ya no ven más que la enfermedad, pero yo aún veo al enfermo.

Dicho esto se fué, dejando solo con el anciano á Eugenio, el cual tenía una crisis que no tardó en declararse.

—¡Ah! ¿es usted, hijo mío?—dijo el padre Goriot reconociendo á Eugenio.

—¿Está usted mejor?—le preguntó el estudiante tomándole una mano.

—Sí, sentía mi cabeza oprimida como si la tuviera encerrada en un círculo de hierro. ¿Ha visto usted á mis hijas? Vendrán en seguida, tan pronto como sepan que estoy enfermo, y me cuidarán con el mismo cariño que en la calle de la Jusiana. ¡Dios mío! quisiera que mi cuarto estuviese limpio para recibirlas. Estuvo aquí esta noche un joven, el cual quemó toda la turba que tenía.

—Ya sube Cristóbal á traerle la leña que le envía ese joven—le dijo Eugenio.

—Bueno, pero ¿cómo vamos á pagar la leña? Yo no